

De la playa, el puerto y la salsa

LAURA SORIA¹

La conocí en la taberna, la vi
tenía una copa de vino y dijo vente a mi mesa
y yo le dije vente conmigo [...]
entra por la taberna, pregunta por mí a los marineros
se sienta frente a la puerta y allí suspira por mis recuerdos
si alguno le da una copa se va porque le enseña mi anillo
es una promesa rota, es la historia de un compromiso.
Volveré, volveré
Porque te quiero, hasta tu puerto yo volveré

PACO CEPERO e IGNACIO ROMÁN, *Volveré*

Ya sea 'playa con piedras' o 'lengua de tierra'² el significado del Callao, este es el lugar donde la piel es corroída por el olor del mar. Donde la playa está asociada al puerto y el amor al desamor. Es aquí donde las «niñas bonitas» aprenden el juego de la seducción al compás de la salsa. Sus cuerpecitos reconocerán el lugar donde debe ir la mano de sus parejitas con las que aprenden a contonearse al ritmo del clac, clac, clac de la clave de la orquesta.

Como todo puerto, el Callao no tiene un orden establecido: un conjunto de callejuelas desordenadas desembocan en la Plaza Grau, casas antiguas con techos altos y puertas de madera dejan que los chalacos poco sumisos de la familia se apoyen en ellas mientras toman unas cervecitas con sus amigos una tarde de verano; bares y restaurantes tradicionales como El Sabroso de Don Lucho, que contaba con un altillo improvisado que tuvo que ser remodelado porque casi todas las noches, producto de las grescas, un cliente era arrojado al primer piso al grito de ¡Chim pum Callao!; prostíbulos cerca de los colegios privados donde las monjitas todas las tardes despedían y rezaban por las niñas que iban a sus casas con blusas blanquitas y faldas grises y que veían crecer en sus aulas.

El Callao siempre ha tenido todo lo necesario para la gente de paso, de la *alita de mosca* y la *pateada* en Buenos Aires, amigas cariñositas que ponen tiempo a la dedicación, al final de la avenida Argentina, donde la residencia se mezcla con los servicios solicitados por las tripulaciones y las naves que acoderan transitoriamente. Un lugar acondicionado para el tránsito, para la huida, para la salida, para el siempre estar fuera. La isla San Lorenzo, lugar donde también recalaban los piratas y filibusteros porque no podían entrar al puerto, acogió por mucho tiempo a los herejes que buscaban el descanso eterno, prohibidos ellos de los camposantos católicos en tierra firme.

El mar frío del Callao y las piedras en sus costas no logran sosegar la atracción de los cuerpos bajo el sol; mujeres bien dotadas pintadas en las toallas soportan el descanso de morenos gruesos que parecen susurrarles al oído «¡Desnúdate mujer! yo quiero ver también el ángel que tú tienes cuando haces el amor», como bien canta Frankie Ruiz; la cervecita refresca la garganta, abre el apetito y la melancolía y voces cantan el «si no te hubieras ido no existiría un recuerdo en busca

de un olvido... serías mi presente, mi único destino». El barrio, la calle y la pelea por la vida se expresan para las chalacas y los chalacos en la salsa y en Lavoe como su principal exponente.

Cuando empieza la música —sometidos los rituales de elección—, los dedos de ella tocan apenas el hombro de él, presionando gradualmente; las manos entrecruzadas se aprietan sutilmente, como pactando lo que vendrá después, mientras la mano de él coge nerviosamente las caderas de ella y los senos de esta despuntan hasta tocar ligeramente los pechos del elegido.

El movimiento liviano inicial permite el acomodo de ambos, del cuerpo, de las piernas, de las caderas, sin contrariar, suave, muy suave, sin hablar, dejándose llevar, reconociendo la cadencia del otro y pactando tácitamente los movimientos que serán la base del compás que mejor les acomoda para dar paso a los meneos más firmes, los que sostienen las vueltas, las curvas, los giros que vienen uno detrás del otro, sin hablar, soportándose en el cruce de miradas. Sostenerse en este acento, disfrutando, pero presintiendo lo que el otro necesita y entregando, no resulta sencillo; la pareja prueba en este espacio si armoniza y si lo que encuentra satisface. Luego del deleite, y pasada la prueba, viene el regreso a la calma, poco a poco. Los cuerpos nuevamente se acercan y los latidos son sentidos tiernamente. Cada uno calma al otro y la mano que tocaba nerviosamente se siente segura de ubicarse en las caderas recién conocidas y los senos despuntados sienten sosiego en los pechos topados.

Los cuerpos en la playa adquieren este ritmo. La brisa marina, los cantos rodados del mar profundo que se incrustan en los cuerpos, son testigos mudos de esos amores que florecen en el puerto, y los atardeceres en Cantolao son espectadores del ritual de anillos arrojados al mar, liberándose así esos cuerpos de esas promesas rotas y permitiéndose cerrar las cicatrices en los ojos.

1 Antropóloga. Jefa del Programa Urbano de desco.

2 Por la península de La Punta. ■